

XIII.

Cuando paso, mi bien, enamorado
 Delante de tu casa,
 Soy feliz si contemplo tu semblante
 Brillar en tu ventana.

Con tus oscuros ojos me contemplas
 Cual queriendo sondar tu corazón.
 ¿Quién eres? ¿Por qué sufres, extranjero,
 Cuyo rostro la pena entristeció?

«Yo nací en Alemania, y soy poeta
 En la tierra alemana conocido:
 Cuando citan los nombres más gloriosos
 Citan también el mío.

»Por lo que sufro yo, sufren, bien mío,
 Muchos también en alemana tierra;
 Cuando citan las penas más amargas,
 Citan también mis penas.»

XIV.

Del sol al último rayo
 Fulgura la mar lejana,
 Y sentados entretanto
 Delante de la cabaña
 Del pescador, silenciosas
 Palpitaban nuestras almas.

Se alzó la bruma, é hincharon
 Su seno las ondas claras;
 Volando, el sereno cielo
 La gaviota cruzaba,
 Y ví que tus llenos ojos
 Vertían amantes lágrimas.

Las ví brillar en tus ojos
 Y mojar tu mano blanca,
 Y de amor desvanecido
 Caí, mi bien, á tus plantas.
 Apreté mis labios secos

Sobre tu mano nevada,
Y enamorado y demente
Bebí tus ardientes lágrimas.

Desde aquel funesto instante,
Desde aquella hora menguada,
Consumido está mi cuerpo
Y arde en deseos mi alma.
¡Aquella mujer hermosa
Me envenenó con sus lágrimas!

XV.

Se alza un castillo del monte
En la elevada región;
Tres doncellas allí viven;
De las tres probé el amor.

Jetta el sábado fué mía,
Dióme Julia el corazón
El domingo, y Cunegonda
El lunes me acarició.

Sin embargo, grande fiesta
En la risueña mansión
De mis tres bellas amantes
El martes se celebró.

En caballos y en carruajes
A la alegre reunión
Galanes y hermosas damas
El vecindario llevó.

Pero yo por mi desdicha
No recibí invitación,
Y en verdad que os portasteis
Bien neciamente, por Dios.

Tías y primas mi falta
Comentaron con ardor,
Y al notar que allí no estaba
Todo el mundo se rió.

XVI.

Del horizonte en el confín lejano,
Como capricho instable de la bruma,
Ante la luz incierta del crepúsculo
La ciudad con sus torres se dibuja.

Un viento frío y suave mueve y riza
Del río azul la superficie turbia,
Y mueve mi patrón sus largos remos,
Que en el agua cansados se sepultan.

Aun una vez el sol con rayos de oro
El denso seno de la sombra cruza,
Y me muestra el lugar donde perdiera
Lo que adoró mi mente con locura.

XVII.

Yo mi saludo con amor te envío,
Misteriosa ciudad altiva y grande
Que al dulce sér que mi memoria adora
No hace mucho en tus muros encerraste.

Hablad, torres y puertas y murallas:
¿En dónde está la que mi amor prefiere?
A vosotras dejéla confiada,
A vosotras os toca responderme.

No sois culpables, torres y murallas,
Que dejar no podíais vuestro sitio
Cuando la amada eterna de mi vida
Con su equipaje abandonó el recinto.

Sí; de las puertas fué la culpa entera,
Que partir la miraron en silencio,
Y que abiertas de asombro y de sorpresa
La hermosa loca que escapaba vieron.

XVIII.

El camino de otras veces,
Otra vez la misma senda,
Otra vez cruzo por calles
Que mi memoria recuerda.
Regreso de aquella casa
Donde vivió mi hechicera,
Hoy abandonada y triste
Como noche sin estrellas.

¡Qué pavimento tan duro!
¡Qué calles, ay, tan estrechas!
Me parece que las casas
Mi cuerpo aplastar desean,
Y apresurado me aparto
Para escapar con viveza.

XIX.

A la estancia llegué donde ella un día
 Juró ser fiel á mi cariño siempre:
 Allí donde sus lágrimas corrieron
 Miré arrastrarse venenosas sierpes.

XX.

Es silenciosa la noche,
 Están las calles en calma;
 Esta es la mansión hermosa
 Donde vivió mi adorada:
 Mucho tiempo hace que ella,
 La ciudad abandonara,
 Pero su casa en el mismo
 Lugar misterioso se alza.

¡Es extraño! de pie un hombre
 Hay delante de la casa;
 Sumerge en el ancho cielo
 Sus expresivas miradas,
 Y con amargos trasportes
 Retuerce sus manos flacas.
 Yo mirándolo suspiro;
 Ante la luz argentada
 De la luna, que del cielo
 Surca las azules playas,

Que yo soy aquella sombra,
Ha conocido mi alma.

¡Sonámbulo compañero!
¡Triste espectro! ¡sombra pálida!
¿Por qué imitas de tal modo
Las hondas penas amargas
Que tantas y tantas noches
En horas desventuradas
En estos mismos lugares
Mi corazón desgarraran?

XXI.

Dí, ¿cómo puedes descansar tranquila
Sabiendo que yo aún vivo?
Mi cólera dormida se despierta
Y destrozar mi yugo necesito.

¿Oiste alguna vez la canción vieja?
Era un amante muerto;
Él buscó á media noche á su adorada,
Y la arrastró á su tumba torvo y fiero.

Créeme, niña del semblante hermoso,
Hermoso cual ninguno,
Aun vivo y soy más fuerte que entre todos,
Todos los muertos juntos.

XXII.

La niña duerme tranquila
 Y en su habitación descansa;
 Vierte la serena luna
 Melancólicas miradas,
 Y afuera entretanto suenan
 Ecos de voces que cantan,
 Y aires de valsos ligeros
 Y melodías y danzas.

Por conocer á los músicos
 Yo me asomo á la ventana;
 Un esqueleto es quien toca
 El violín, y quien danza.
 «Bailar conmigo no ha mucho
 Me prometiste, mi amada;
 Ha pasado mucho tiempo
 Y has faltado á tu palabra.
 Esta noche se celebran
 En el cementerio danzas;
 Ven y danzaremos juntos,
 Ven ¡mi bien! que nos aguardan.»

Un espantable deseo
 A la hermosa niña embarga,
 Y de su mansión segura
 Le hace salir desalada.
 Al amarillo esqueleto
 Sigue que delante marcha,
 Y con contorsiones hórridas
 Toca el violín y danza.

Toca el violín sonoro,
 Canta loco, ríe y salta,
 Y crujen sus blancos huesos
 Con un sonido que espanta.
 Y aquí y allá saludando
 Con reverencias forzadas,
 Se inclina su cráneo blanco
 Que la luna solitaria
 Ilumina con sus luces
 Melancólicas y heladas.

XXIII.

Sumergido y abismado
 En mis locas fantasías
 Su retrato contemplaba,
 Y ví que el rostro adorado
 Como en ya perdidos días
 A moverse comenzaba.

Sobre sus labios de rosa
 Fulguró aquella sonrisa
 Que ahuyentaba mis enojos,
 Y brillante y temblorosa
 Una lágrima indecisa
 De dolor brilló en sus ojos.

Yo también en mi amargura
 Siento que copioso llanto
 Mi semblante enflaquecido
 Baña con triste dulzura;
 «Yo no puedo, cielo santo,
 Creer que ya te he perdido.»

XXIV.

Atlas desventurado, un mundo de dolores
 Tocóme en mi desdicha sobre mi sér llevar.
 Yo llevo lo que nadie llevar sobre sí puede;
 Mi corazón palpita, ya próximo á estallar.

¡Oh corazón, de orgullo y de miseria henchido!
 ¡Tú mismo lo quisiste, feliz quisiste ser!
 ¡Feliz como ninguno, ó cual ninguno triste;
 Y hoy la miseria misma llora tu pena al ver!

XXV.

Soñaba yo: la luna sus fulgores
Tristes vertía sobre la ancha tierra:
Los astros fulguraban tristemente,
Y de mi sueño envuelto en las quimeras,
A la ciudad llegué, donde muy lejos
De mi amada trascurre la existencia.

Y mi sueño á su casa me conduce:
El mármol bajo yo de la escalera;
Piedras que tantas veces han sentido
De su pequeño pie la dulce huella,
Y el roce tembloroso de los bordes
De su vestido de crujiente seda.

Era la noche larga y triste y fría;
Frías también estaban ¡ay! las piedras,
Y en la ventana vi lucir, cual dulce
Divina aparición que el alma espera,
Por la luz de la luna iluminado,
El pálido semblante de mi bella.

XXVI.

¿Qué quieres? ¿Qué pretendes,
Oh silenciosa lágrima
De mis antiguas penas
Sobre mis tristes ojos olvidada?

Tuviste dulce coro
De brillantes hermanas,
Que entre el viento y la noche
Huyeron con mis dichas no logradas.

Hasta mi amor dichoso
Huyó cual leve ráfaga.
Disípate á tu vez sobre mis ojos,
Melancólica lágrima.

XXVII.

La luna melancólica de otoño
Del seno de las nubes se levanta;
Al lado del sencillo cementerio
La mansión del pastor tranquila se alza.

La madre lee la Biblia; el hijo, en tanto,
En la trémula luz los ojos clava,
Y la hermana mayor duerme en su asiento;
La más joven murmura estas palabras:

—«¡Oh Dios, qué aburrimiento! aquí es preciso,
Si algo nuevo han de ver nuestras miradas,
Que alguien sucumba y que á enterrarlo vengan!»—
Sin dejar de leer, la madre exclama:

—«Te equivocas; tan sólo han muerto cuatro
Después que, por mi mal, en hora infausta
Murió tu pobre padre y le enterraron
Del cementerio próximo á la entrada.»—

La hija mayor bosteza:—«Yo no quiero
De hambre espirar rendida en esta casa.
Mañana iré casa del joven conde;
Es rico y bello y en amor se inflama.»—

De los labios del hijo brota entonces
Estridente y sonora carcajada:
—«Conozco—dice—yo tres cazadores
Que beben con frecuencia en la posada;
Oro saben hacer, y su secreto
Me enseñarán cuando á buscarles vaya.»—

La madre con furor le arroja el libro,
Que veloz va á chocar contra su cara,
Y dice:—«¡Condenado! ¿Ser pretendes
Un ladrón de la selva abandonada?»—

Entonces escucharon secos golpes
Lúgubres resonar en las ventanas,
Y una mano miraron misteriosa
Que al firmamento oscuro señalaba.

Era el pastor difunto, el padre muerto,
Cubierto de la túnica enlutada
Con que en lejano tiempo á los creyentes
La virtud y la dicha predicara.

XXVIII.

Es el tiempo áspero y duro;
 Silba el viento, y llueve y nieva;
 En la ventana sentado
 Miro atento las tinieblas.

Veo brillar solitaria
 Una luz que marcha lenta:
 Es una mujer anciana
 Que cruza por la calleja,
 Alumbrando su camino
 Con la luz de su linterna.

Creo que de comprar viene
 Huevos y leche y manteca,
 Y hacer un pastel desea
 Para su hija hermosa enferma.

La hija entretanto en la casa
 A la amada madre espera,

Y sobre un sillón sentada
 Melancólica contempla
 Con ojos medio cerrados
 La luz que vibrando tiembla,
 Mientras que los bucles de oro
 De su rubia cabellera
 A su pálido semblante
 Animado marco prestan.

XXIX.

Creen que estoy muy afligido
Y que de amor moriré;
Al final, yo, como todos,
Lo comienzo ya á creer.

Niña de los grandes ojos,
Te lo dije veces cien,
Te adoro de tal manera,
Mi pasión tan grande es,
Que pintarte yo no puedo
Lo que en mi alma siento arder.

Pero es cuando yo estoy solo
Cuando habla así mi altivez;
Cuando estoy en tu presencia
Mudo reposa mi sér.

Mi boca entonces cerraban
Angeles malos; tal vez

Por culpa de ángeles buenos
Y malos, mi pena fué.
Buenos y malos me hicieron
Tan desventurado sér.